

la Guerra sostenida con lealtad las nobles intenciones del actual Jefe de los Estados Unidos Mexicanos.

Siniestros augurios profetizan un sacudimiento á mano armada por los ambiciosos que envidian los puestos públicos, que no han podido sondear con su escasa inteligencia ni con sus falsos méritos; nosotros nos permitimos creer que para entónces el soldado de la intervencion cuidará la autonomía nacional, reconstruyendo en breve las ruinas que preparan los malos mexicanos á su atribulada patria.

No es tiempo aún que estén á nuestro alcance las iniciativas que en el ramo administrativo del ejército y armada nacionales, presente al Congreso de la Union el Secretario de la Guerra.

La elaboracion de una idea es obra de muchos dias, y el desarrollo de ella depende mas de las circunstancias que de la grandeza que contenga. Pero estamos seguros que el ejército mexicano bien pronto corresponderá á las exigencias nacionales, puesto que ya al presente en el asunto económico de los cuerpos, nada deja que desear.

Manuel Gonzalez durante su administracion ha publicado tres obras, que son dueñas del aplauso universal. La primera, referente á la reorganizacion de Michoacan, y que apenas hemos seguido en este libro, recibió multitud de elogios en toda la prensa de la República, y aun de los periódicos desafectos al gobierno. La segunda, referente al distrito militar de Tepic, es un estudio profundo de aquella localidad, en la que procuró el general Gonzalez esparcir la mayor suma de bienes y prevenir la guerra que entonces se calificaba como *in-*

minente. Este informe ha merecido los honores de la reproduccion en varios periódicos, y constituye por sí mismo la estadística del territorio del Nayarit, que será consultada bien pronto por la Representacion Nacional. La tercera obra es una breve recopilacion de los trabajos emprendidos en la Secretaría de Guerra y Marina, comparando el estado en que la dejara el gobierno del Sr. Lic. Sebastian Lerdo de Tejada, y el estado en que hoy se encuentra, teniendo en consideracion los múltiples elementos que impiden resultados inmediatos, ya sea por las consecuencias de una revolucion triunfante, ya por las circunstancias escepcionales del ejército en época que se ha pretendido olvidar hasta las mas insignificantes leyes de la disciplina y del espíritu militar.

Para la reconstruccion del ejército mexicano es indispensable un general de la talla de Manuel Gonzalez; nosotros respondemos que no obstante las dificultades que se atraviesan á su paso, el ejército mexicano florecerá bien pronto y ocupará el lugar de honor entre todos los ejércitos de América.

Tales son los nobles propósitos del mutilado de Puebla y de Tecuac.

II

LOS génius por sí solos se elevan — lo hemos dicho ya: — ni las alabanzas compradas en la prensa, ni los piropos compensados con bienes de fortuna son durables; pues que el mérito tiene su asiento en el sόlio de

los grandes, y á ese s61io nada mas llegan esas figuras continentales que á fuerza de vigiliass sobresalen entre la humanidad.

Ni la calumnia ni las lisonjas influyen en el ánimo de la posteridad, y ya hemos visto que figuras respetadas como las de Napoleon I y Luis XIV fueron cruelmente ultrajadas por escritores contemporáneos á sus glorias, y en nuestros días no hay francés que no descubra respetuosamente su cabeza al pasar frente á la columna de Vendome y al distinguir los legendarios salones del Louvre, donde se ostenta magestuoso el retrato del *verdadero rey de Francia*, como dice Chateaublair, al hablar del hijo de Ana de Austria.

Los palafreneros de los poderosos y los desechados, — víctimas de su envidia, — nada representan: el águila burla la puntería del cazador, y se eleva en el espacio hasta no ser distinguida de sus perseguidores: para ser grande se necesita ser grande, y ni los mejores vidrios de aumento conseguirán que veamos á través de ellos, en una hormiga un elefante: los sacerdotes de la verdad saben ver, saben comparar y saben discurrir; para éstos los insensatos y los tontos son una calamidad. Una vez asentadas las anteriores líneas, y siguiendo los impulsos de nuestra conciencia, reasumamos en cuatro palabras los actos de la vida del Señor general Manuel Gonzalez.

Nace en medio de privaciones y sin mas patrimonio que el ejemplo de honradez y de patriotismo que le legára su padre el Sr. D. Fernando Gonzalez: en su cuna humilde debia haber seguido la norma que la mayoría

de los huérfanos pobres siguen: trabajar para cubrir sus primeras necesidades, desatendiendo el desarrollo de sus facultades intelectuales; pero Manuel Gonzalez varía en esa costumbre y se dedica á aprender algo que lo distinga de la generalidad: su inteligencia lo hace digno del aprecio de sus maestros, y habria continuado sus estudios si la fuerza de la necesidad no lo lleva á ocuparse de su existencia en el reducido círculo de una casa de comercio de tercer órden, en donde con su actividad y su ilimitada fuerza de voluntad abre crédito y ganancias de consideracion al dueño de la referida casa de comercio, su tio el Sr. Campuzano.

Sus deseos por ser útil á la patria, á sus semejantes y á sí mismo le hicieron abandonar la carrera comercial y aprestarse como soldado en el Ejército mexicano: el espacio en que iba á girar era suficiente para abrigar las nobles aspiraciones que se escondian en su corazon de titán, guardado en su seno de niño.

Entra pues al Ejército, se le ofrecen ascensos, y rehusa hasta aquellos que habia ganado en medio del humo de sus primeras batallas: otro ejemplo como este que envuelve la mas envidiable modestia en un jóven de diez y ocho años no le tenemos en nuestros días.

Es subteniente, costándole poner sobre su hombro derecho la divisa, una herida mortal: y en lo sucesivo lo vemos conquistando laureles para su frente y glorias para el Ejército Nacional y para su querida patria, á costa de su sangre derramada en los campos del honor.

Su her6ico valor y la ind6mita fé que jamás lo abandonan, lo hace semejante á Bayardo: el número de sus

batallas, nos lo presenta como un Napoleon ó un César: su talento y tacto para no dejarse corromper de los políticos maquiavélicos á un Comte; su respeto á la ley hace de nuestro héroe un Stuard.

Rodeado de enemigos miserables y saliendo siempre adelante en sus árduas empresas, nos hace creer que tiene como Enrique de Navarra su buena estrella; pero, recordaremos aquí,—tomando uno de los últimos pasajes de la vida de Manuel Gonzalez—el envenenamiento que en la Huasteca Veracruzana se le preparó por manos mercenarias impulsadas por corazones de cobardes y envidiosos.

Cuando el general Gonzalez pasaba por Chicontepec conduciendo la artillería que del puerto de Matamoros trajo al Oriente de la República el año de 1876, la ambicion de mando que se despertó entre los jefes revolucionarios, así como la intriga proyectada desde los salones de los hombres del poder de la administracion que cayó en Tecoac, ayudados entre sí, dan por resultado un envenenamiento que pone en peligro la vida de nuestro héroe. Gonzalez iba á ser devorado por las pasiones mal reprimidas de sus pigmeos y pretensiosos rivales y de sus enemigos políticos..... de esos enemigos políticos que no conocen medios reprobados.

El crimen mas horroroso llega á cometerse: Gonzalez bebe el veneno con que se le sorprende..... la enfermedad toma creces de tales dimensiones que llena de temor á sus ayudantes..... ha comenzado el delirio que representa al aguerrido militar..... ese delirio que desesperaba á sus amigos íntimos y admiradores de sus proezas.....

¿Qué era el delirio de Gonzalez? corolario de su vida angustiosa: su imaginacion volaba á su pasado, y cuántas veces en medio de ese delirio se le oia exclamar:

"He ganado la batalla..... corre el audaz invasor con tal cobardía que no lo alcanzan nuestros soldados..... *Mi patria no es vencida*..... Doy gracias al cielo, porque con mi sangre derramada he venido á fecundizar el árbol de la libertad.....ahora ya puedo morir!

En su delirio solo recordaba sus deberes de soldado y de ciudadano, y cuando despertó de él volviendo la tranquilidad á sus amigos y á sus soldados que rodeaban su lecho con la desesperacion retratada en su semblante, decia á ellos:

"Salvé ya!..... no era justo morir en manos de mis asesinos; pero yo os juro que en la primer batalla que tengamos contra los sicarios del poder moriré conduciendooos con paso seguro por el camino de la gloria, en compensacion de vuestra angustia, que harto me ha conmovido."

Y así fué: se llegó la tarde memorable del 22 de Setiembre de 1876: tarde en que fué atacada la plaza de Pachuca: el fuego era nutrido: los valientes soldados de la ley luchaban sin tregua contra los aguerridos defensores de la plaza; y en lo mas nutrido del fuego se vió al general Gonzalez, jefe de los sitiadores, dictando con sangre fria sus órdenes, y exclamar con toda la energia de su carácter, cuando vió que algun oficial superior no interpretaba bien sus instrucciones:

"Quién fuera subteniente para enseñar á batir á estos coroneles cómo se bate un subteniente."

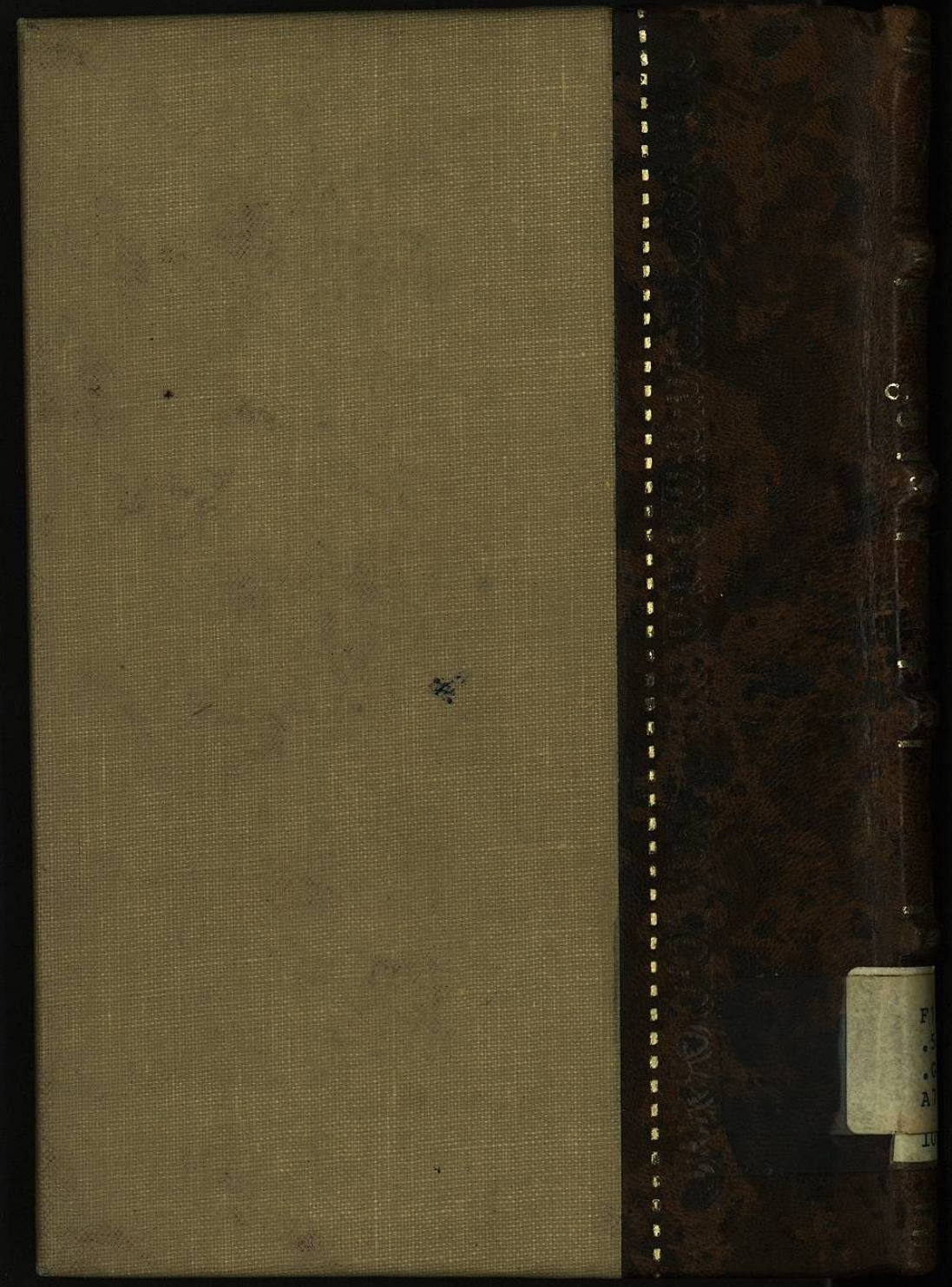
Tampoco esa vez cupo en suerte al general Gonzalez prestar el sacrificio de su vida en aras de la patria, y al llegar la inolvidable jornada de Tecuac, cuando el general Gonzalez personalmente se batia con los soldados del batallon Ierdista número 19, y caia envuelto en el humo de los disparos de infantería y destilando de su cuerpo manantiales de sangre, se acercó á él el Sr. general Cravioto preguntándole temeroso por su vida, y entonces Gonzalez contestó:

— " Mi vida la llevan los cobardes que corren de mis bravos: perseguidlos, que si gano la batalla habré reconquistado la vida..... si se pierde..... dejadme morir no de mis heridas, sino de vergüenza!"

Estos y otros muchos rasgos caracterizan al caballero general Gonzalez, y antes de terminar este artículo recordaremos las palabras que dijo á sus amigos al tomar posesion del Ministerio de la Guerra que le encomendó el ciudadano Presidente de la República, cuando éstos le manifestaban el contento que experimentaban por su ascenso al gabinete del Sr. general Porfirio Diaz.

" Venis á felicitarne, amigos míos, os doy las gracias; pero al aceptar de corazon vuestros parabienes os impongo esta condicion: *Si alguna vez notais que extravió el camino de mi deber, venid á decírmelo para que me esconda en el santuario de la vida privada, pues anhelo morir en medio del olvido, antes que descender al sepulcro llevando en mi corazon la pena de haber cometido alguna deslealtad á mi patria ó á mi honor!*"





C.

F
A
LU